

Lafcadio Hearn

En el país de los dioses

Relatos de viaje por el Japón

Meiji, 1890-1904

SELECCIÓN Y TRADUCCIÓN DE

JOSÉ MANUEL DE PRADA SAMPER



En Lafcadio Hearn encontrarán un guía y un amigo incomparable las muchas personas a las que no les ha sido dado conocer Japón, las que recurren a las pinturas para saciar su callada y nostálgica curiosidad, y que sostienen en sus manos las preciosas delicadezas del arte japonés para construirse, sobre tan vacilante armazón de hechos, un sueño colorista del país lejano.

Lo que Hearn nos ha contado del Japón tal vez no sea toda la importante sustancia de los hechos en la rígida cadena de los datos estadísticos, sino el fulgor que irradia de los mismos, la belleza que tiembla de un modo incorpóreo sobre cada realidad cotidiana, como el perfume de la flor que aun perteneciéndole y estando ligado a su existencia, se libera de la misma y se expande hasta el infinito

En el país de los dioses. Relatos de viaje por el Japón Meiji, Lafcadio
1890-1904 Hearn

Para Cristina y Peter

Introducción

Nombraré otra vez algunas cosas que a Hearn le gustaban mucho: el oeste, las puestas de sol, el verano, el mar, la natación, los plataneros, las criptomeras, los cementerios solitarios, los *kwaidan* (relatos de fantasmas), el cuento de Urashima, y las *horai* (canciones). Los lugares que le gustaban eran: Martinica, Matsue, Miho-noseki, Higosaki y Yaizu. Le encantaban los filetes y el budín de ciruelas, y disfrutaba fumando. Aborrecía a los mentirosos, los abusos contra los débiles, los abrigos «Príncipe Alberto», las camisas blancas, la ciudad de Nueva York y muchas otras cosas. Uno de sus placeres era ponerse la *yukata* y retirarse a su estudio para escuchar tranquilamente la voz de la cigarra.

Koizumi Setsu, *Reminiscences of Lafcadio Hearn*, pág. 84.

Esta lista de los gustos y antipatías de Lafcadio Hearn — que tanto recuerda a las que salpican el *Makura no Sôshi*, las anotaciones de la aristócrata y dama de la corte imperial del siglo x Sei Shônagon— recoge con sutiles pinceladas algunos de los aspectos fundamentales de una de las personalidades más complejas que quepa imaginar. La lista la redactó Koizumi Setsu, la viuda del escritor, probablemente la persona que mejor llegó a conocerlo, después de convivir con él más de diez años en un matrimonio que comenzó siendo de conveniencia pero que terminó por convertirse en una isla de estabilidad para un hombre cuya existencia había estado marcada por la orfandad, la miseria y la soledad, además de los placeres y terrores que son exclusivos

de quienes disfrutaban de ese ambiguo don que es un mundo interior rico.

La lista de Setsu apunta hacia lo esencial, incluso en las aparentes trivialidades que recoge. Sin embargo, como no podía ser de otro modo, resulta incompleta. Entre las cosas que a Lafcadio Hearn le gustaban habría que añadir: Nueva Orleans, el color azul, el musical dialecto de los negros de Luisiana. Entre las que le desagradaban: los inviernos japoneses, los editores desconsiderados y poco respetuosos con los originales ajenos, los misioneros.

Lafcadio Hearn, esta suma de complejidades, de pasiones y de fobias, de humillantes derrotas y triunfos, vino al mundo el 27 de junio de 1850 en la isla griega de Leucadia (hoy Lefkas) llamada Santa Maura por los británicos, que a la sazón eran sus ilegítimos dueños. Su madre era Rosa Cassimati, natural de Cerigo, la más meridional de las islas jónicas, y su padre Charles Hearn, un cirujano militar de ascendencia angloirlandesa destinado a las islas. La pareja había tenido ya un hijo, en 1849, al mes de contraer matrimonio. Su segundo vástago fue bautizado con los nombres Patrick Lefcadio Tessima Carlos Hearn. En griego moderno el nombre de la isla se pronuncia «Lafcadia», de ahí el segundo nombre de Hearn, el que llevaría durante la mayor parte de su vida, aunque escrito «Lafcadio».

El improbable matrimonio de Charles Hearn y Rosa Cassimati parecía destinado a una existencia fatalmente accidentada, y así fue. Poco después de la boda, Charles Hearn fue destinado a las Antillas británicas, por lo que dejó a su esposa en Lefkas al cuidado de los dos niños. La separación no sería breve.

En agosto de 1852, cuando Lafcadio tenía dos años, él y su madre viajaron hasta Dublín, para vivir en casa de Elizabeth Hearn, la madre viuda de Charles. Como era previsible, la temperamental Rosa Cassimati y su familia política no se llevaron bien. Quizá las cosas hubieran sido distintas de haberse tratado de irlandeses de pura cepa. Pero los

Hearn pertenecían a la casta angloirlandesa que, con mentalidad de minoría asediada, vivía de espaldas a la mayoría católica que la rodeaba. Por otro lado, parece ser que Rosa tampoco puso demasiado de su parte. Sólo Sarah Brenane, hermana de la señora Hearn y también viuda, pudo entenderse mínimamente bien con la exótica esposa del cirujano militar. La acaudalada señora Brenane era, de por sí, una rareza: había escandalizado a su familia casándose con un católico y convirtiéndose a su religión. Al principio, su interés por la esposa de Charles Hearn fue puramente humanitario. Muy pronto, sin embargo, la señora Brenane, que no tenía hijos, comenzó a sondear la posibilidad de adoptar al pequeño Lafcadio.

En octubre de 1853 Charles Hearn volvió de las Antillas y pudo conocer al hijo al que no había visto nacer. Lamentablemente, su regreso no sirvió en absoluto para resolver el conflicto entre culturas y temperamentos que se había desatado en casa de su madre. En lugar de encontrar en su marido el apoyo que esperaba, Rosa Cassimati descubrió que éste ya no la amaba. Esta traumática reanudación de sus relaciones con él afectó seriamente su equilibrio anímico.

En marzo de 1854 Charles Hearn partió hacia la Guerra de Crimea. Poco después, su esposa regresó a Grecia dominada por la nostalgia y la tristeza, y llevando en las entrañas al tercer hijo de su marido. Se trataba de un breve viaje de visita, pero lo cierto es que Rosa Cassimati no regresó jamás a Irlanda. En 1856, sin consultarlo en absoluto con su esposa, Charles Hearn anuló el matrimonio y se casó con un amor de juventud. Se iniciaba así la orfandad de Lafcadio Hearn, que quedó al cuidado de Sarah Brenane.

Como suele suceder con los conversos, la señora Brenane era de una religiosidad extrema. La atmósfera en la que se vio inmerso el pequeño e impresionable Lafcadio ha sido adecuadamente comparada por Carl Dawson con la

descrita en los primeros capítulos de *Jane Eyre*, de Charlotte Brönte:

«La casona lúgubre, la viuda vestida siempre de negro, una prima no menos beata que aterroriza al niño con sus sermones sobre los suplicios del infierno, las habitaciones pobladas de espectros...».

Carl Dawson, Lafcadio Hearn, pág. 7.

En una carta a Basil Hall Chamberlain fechada el 14 de diciembre de 1893, Hearn evoca con gran efectividad aquellos tiempos:

Cuando yo era pequeño, las pesadillas adoptaban para mí una forma y una visibilidad reales. En mis horas de vigilia las veía. Caminaban en silencio de un lado a otro, y me hacían horribles muecas. Por desgracia, entonces no tenía madre; sólo una vieja tía abuela que jamás había tenido hijos propios y detestaba la superstición. Si lloraba por miedo a la oscuridad, lo único que conseguía era una azotaina; sin embargo, el miedo a los fantasmas era mayor que el miedo a los azotes, porque podía ver a los fantasmas. La anciana señora no me creía; pero sus criados sí, y solían venir de tapadillo para consolarme.

Lafcadio Hearn, *The Japanese Letters*, pág. 83.

Otro brillante intérprete de la vida y obra de Hearn, Robert A. Rosentone, ha escrito que la infancia del escritor podría haber salido de la pluma de Charles Dickens.

En aquel momento de su vida, el mundo interior de Lafcadio Hearn estaba sin duda dominado por aquellos espectros que escapaban a su control. Es posible que su temprana iniciación a la lectura le ayudara a exorcizarlos y a

convertir aquel mundo anímico en una parte gozosa de su ser. Sin embargo, el final de aquellos terrores coincidió con nuevos sobresaltos en su vida.

Robert A. Rosentone, *Mirror in the Shrine*, pág. 71.

Sin duda, su vida se vuelve dickensiana a más no poder cuando aparece en escena un pariente lejano de Sarah Brenane, Henry Molyneux, trece años mayor que Lafcadio. La acaudalada viuda había adoptado a Lafcadio con la idea de convertirlo algún día en su heredero. Estas expectativas se irían al traste con la aparición de Molyneux, quien no tardó en ganarse la confianza de la señora Brenane con unas actitudes morales y religiosas sin duda calculadas para complacer a la anciana. Muy pronto se convirtió en el administrador de su fortuna, y poco después en su heredero. Curiosamente, sin embargo, la mayor parte del capital de Sarah Brenane se invirtió en negocios cuyo propietario era su protegido.

Como no podía ser de otro modo, una de las primeras iniciativas de Molyneux fue alejar lo más posible al niño del ámbito de la señora Brenane mandándolo a internados, primero en Francia y después en Inglaterra. En uno de ellos, la *Institution Ecclésiastique*, cerca de Rouen, Lafcadio sufrió un accidente que marcaría su existencia. Durante un juego infantil una cuerda golpeó su ojo izquierdo. Los intentos de los médicos por curarlo fracasaron, y el ojo quedó permanentemente desfigurado e inútil. Los efectos en el carácter de Hearn serían devastadores.

En 1867, los negocios de Molyneux sufrieron un serio contratiempo que, naturalmente, afectó también a la señora Brenane. Lafcadio se vio obligado a dejar el internado inglés donde estaba entonces. Primero fue enviado a vivir con una antigua sirvienta de su tía abuela, en Londres, donde el muchacho llevó una existencia miserable. En 1869, Molyneux, al que urgía dar por terminadas definitivamente

sus responsabilidades hacia Hearn, le mandó a Londres el dinero para un pasaje en barco con destino a Estados Unidos, y escuetas instrucciones para que, una vez allí, se desplazara hasta Cincinnati, donde un tal señor Thomas Cullinan, cuñado de Molyneux, le ayudaría a establecerse.

Hearn, que tenía casi diecinueve años, llegó a su destino en la primavera de 1869, después de un fatigoso viaje en barco y tren. Se inicia entonces uno de los periodos más aciagos de su vida.

Al poco de llegar a la gran ciudad a orillas del Ohio, Hearn se da cuenta de que muy poca ayuda real puede esperar del pariente de Molyneux. Su supervivencia durante aquella primera fase de su estancia en Cincinnati es casi un milagro, atribuible en parte a Henry Watkin, un impresor de origen escocés al que conoció por casualidad y que además de darle refugio en su imprenta y encargarle pequeños trabajos, le ayudó a conseguir algún empleo temporal. En medio de toda esta penuria, Hearn encontró tiempo para frecuentar la Biblioteca Pública de Cincinnati y reanudar a su aire la educación que tan bruscamente había sido interrumpida por las maquinaciones de Molyneux. Lo hace sumergiéndose en un gozoso caos de lecturas entre las que ya se van perfilando los intereses que le acompañarían toda su vida: los autores franceses del momento (Flaubert, Maupassant, Loti), los países exóticos, el folklore y la mitología...

Será la vena libresca la que, literalmente, le salve la vida. Gracias a su incompleta educación y a su amor por la escritura consigue «colocar» esporádicas colaboraciones, algunas de ellas remuneradas, en distintas publicaciones de la ciudad. A principios de 1874, cuando ya goza de cierta reputación como periodista, pasa a formar parte de la plantilla del *Enquirer*, uno de los principales periódicos de Cincinnati. Lo que Hearn escribe entonces son reportajes sensacionalistas sobre toda clase de personajes marginales y sucesos atroces. En una de sus crónicas más aplaudidas re-

fiere con pelos y señales el espantoso asesinato del obrero de una curtiduría, agredido a golpes de tenedor e introducido, todavía vivo, en un horno.

No se limitó, sin embargo, a frecuentar los páramos nauseabundos del periodismo amarillo (que en sus manos, por otra parte, se convierte a menudo en una de las bellas artes). Durante ese periodo Hearn comienza a traducir, para su propio disfrute, algunos de los textos de sus autores franceses favoritos. La mayoría de esas versiones no verían la luz hasta años después, pero ya se sabe que tal es el sino del traductor vocacional, al que mueve no sólo el deseo de compartir los textos que le entusiasman con el mayor número posible de personas, sino la necesidad de hacerlos más suyos infiltrándose en el proceso mismo de su creación.

En junio de 1874 Hearn cometió el fatal error de casarse con Mattie Foley, la cocinera mulata de la casa donde se alojaba. El problema no sólo estaba en el hecho de que el estado de Ohio había prohibido los matrimonios mixtos, sino también en la profunda incompatibilidad de ambos contrayentes. Lo cierto es que el matrimonio terminó por venirse abajo, y en el escándalo subsiguiente Hearn perdió su empleo en el *Enquirer*.

Aunque no tardó en conseguir un nuevo empleo en el periódico rival, el *Commercial*, los días de Lafcadio Hearn en Cincinnati estaban contados. La ciudad nunca le había entusiasmado, y después de lo sucedido con Mattie Foley sentía grandes deseos de abandonarla. Así, en octubre de 1877, iniciando una pauta que repetiría varias veces a lo largo de su vida, el joven periodista deja su empleo y coge un vapor con destino al sur. No tiene más que algo de dinero en el bolsillo y la vaga promesa del *Commercial* de publicar los artículos que pueda ir mandando durante su viaje. Arriesgado, sin duda, pero como ha dicho una de sus biógrafas, Elizabeth Stevenson:

«Para Hearn, la huida era un ejercicio de integridad, un movimiento legítimo de su espíritu».

Elizabeth Stevenson, *The Grass Lark*, pág. 196.

Esta huida hacia un clima más cálido y acorde con su temperamento terminó por llevarle a Nueva Orleans, ciudad que, a pesar de mostrar todavía cicatrices de la no muy lejana Guerra de Secesión, conservaba buena parte de su encanto afrolatino.

Superado el inevitable periodo inicial de incertidumbre y pobreza, allí le fue posible practicar un periodismo diferente, y sacar provecho de sus múltiples pasiones: el folklore, la etnología, las lenguas. Cuando en 1881 es contratado como redactor literario del *Times-Democrat*, Hearn puede dar rienda suelta a su vena literaria y publicar sus traducciones de Maupassant, Zola, Gautier y Loti. Su reputación como escritor comienza a consolidarse, y autores como el novelista George Washington Cable y el folklorista Joel Chandler Harris se interesan por él. Aparecen sus primeros libros, entre los que se cuentan un recetario de cocina criolla y una guía de Nueva Orleans, pero también la interesante antología *Stray Leaves from Strange Literature* (1884), en la que Hearn recuenta con gran delicadeza relatos de fuentes tan diversas como el Talmud, el Kalevala finés o la tradición esquimal entre otras, y *Some Chinese Ghosts* (1887), una colección de relatos chinos que anticipa *Kwaidan* (1904), una de sus obras maestras del periodo japonés. Hacia 1887, Nueva Orleans ha perdido para Lafcadio Hearn todo el atractivo que tenía una década antes. A finales de mayo de ese año, dimite de su puesto de redactor en el *Times-Democrat* y poco después emprende viaje rumbo a Nueva York, con la idea de coger allí un barco con destino a las Antillas. Como diez años antes, cuando abandonó Cincinnati, se trata prácticamente de un salto al vacío. En Nueva York, Hearn retoma contacto con el musicólogo

Henry Kreibhel, un viejo amigo de los días de Cincinnati. Kreibhel anima a Hearn para que vaya a ver a Henry M. Alden, redactor jefe del prestigioso *Harper's Magazine*. Alden había aceptado hacía poco la publicación por entregas de *Chita: A Memory of Last Island*, una breve novela que Hearn había escrito poco antes de abandonar Nueva Orleans y que constituía la primera obra surgida totalmente de su imaginación. Durante el verano realiza el proyectado crucero por las Antillas, durante el cual descubre los encantos de la ciudad de Saint Pierre, al pie del volcán Pelee, en la isla de Martinica. En octubre, después de pasar unas semanas en casa de Alden, Hearn vuelve a Saint Pierre con el propósito de establecerse allí durante un periodo indefinido.

El interludio antillano de Lafcadio Hearn dura dos años, durante los cuales vive sobre todo del dinero que le reportan los ensayos sobre Martinica que manda ocasionalmente a Alden para su publicación en *Harper's Magazine* y los que logra colocar en otras revistas. La vida en los trópicos, sin embargo, no resulta ser el paraíso que Hearn había imaginado. El lugar es enormemente acogedor y sus habitantes encantadores. Sin embargo, como le escribe a un amigo al año de su llegada:

«Faltan aquí los recursos de la vida intelectual. [...] Un intelecto habituado a la disciplina termina por parecerse a un jardín largo tiempo sin cuidar. [...] Aquí la naturaleza no te deja pensar, o estudiar con seriedad, o trabajar con tesón. Rebélate contra ella, y con un sutil golpe de fiebre te dejará durante meses baldado de cuerpo y espíritu».

Elizabeth Bisland (ed.), *The Life and Letters*, carta a George M. Gould, junio de 1888, pág. 423.

Temeroso de que esta atmósfera esté repercutiendo negativamente en la calidad de su escritura (y muchos críticos

actuales opinan que tal era el caso), Lafcadio Hearn decide abandonar Martinica, y en mayo de 1889 coge un barco con destino a Nueva York. Pese a que el cambio es una liberación, la gran ciudad le sigue pareciendo hostil en extremo:

Cuando entro en esta maquinaria bestial llamada «Nueva York» me veo atrapado en una especie de cinta transportadora y zarandeado desenfrenadamente en todas direcciones hasta perder por completo los cabales. Esta ciudad me vuelve loco o, si lo prefieres, me vuelve más loco de lo que ya estoy. Nadie puede encontrar a nadie, nada parece estar en ningún lado, todo parece reducirse a matemáticas y geometría...

Ibíd...pp. 443-444.

Hearn logrará evadirse por un tiempo de esta ciudad de pesadilla, marchándose a Filadelfia, donde se aloja en casa de George M. Gould, un admirador de sus escritos. Sin embargo, cuando la relación con Gould se agria, no tiene más remedio que regresar a Nueva York.

Por fin, a finales de noviembre, se presenta una oportunidad de escapar del agobio de Manhattan. Alentado por William Patten, redactor de arte del *Harper's Magazine*, el presidente de la Canadian Pacific Railway, sir William Van Horne, ofrece a Hearn transporte gratuito al Japón, con la condición de que escriba un artículo sobre sus experiencias. Patten convence también a C. D. Weldon, uno de los ilustradores de la revista, para que acompañe a Hearn al Japón.

A la vista de los roces anteriores con Hearn, Henry Alden no se mostró demasiado entusiasta, pero terminó por dar su visto bueno al viaje, dejando claro que la editorial no se comprometía a darle anticipo alguno ni a aceptar sus colaboraciones si no las consideraba adecuadas. A principios

de marzo de 1890, Hearn y Weldon emprendieron el viaje. Después de recoger sus pasajes en Montreal, atravesaron el continente en un tren de la Canadian Pacific Railway, y en Vancouver, en la Columbia Británica, embarcaron en el *Abyssinia*. El buque llegó a Yokohama el 4 de abril de 1890.

Al poco de llegar al Japón, y como sin duda era previsible, Hearn se peleó con Weldon, y no mucho después rompió definitivamente los lazos con Harper & Co. El coste de la vida en la ciudad de Yokohama, un puerto franco cedido al comercio extranjero, era muy elevado, y Hearn no tardó en tener graves problemas económicos que obstaculizaron sus planes de volver a Estados Unidos.

Como otras veces en que se había visto en situaciones parecidas, entabló nuevas amistades que le ayudaron a sortear la difícil situación. Conoció así a Watanabe Akira, un acólito budista con el que viajó a varios lugares de interés de los alrededores de Yokohama (véanse los textos 1, 2 y 11 de este libro). Sin embargo, el más importante de sus nuevos amigos es, quizás, el destacado japonólogo inglés Basil Hall Chamberlain, profesor en la Universidad Imperial de Tokio, para el que Patten le había dado una carta de recomendación.

Aquella era todavía la época en que el gobierno japonés, en su descomunal esfuerzo por modernizar el país, daba empleo a muchos occidentales, con salarios muy superiores a los percibidos por los nativos. Además, había declarado la lengua inglesa como obligatoria en las escuelas, y necesitaba profesores de ese idioma. Gracias a la mediación de Chamberlain, Hearn obtuvo un empleo como profesor de inglés. El único inconveniente era que la plaza estaba en la ciudad de Matsue, capital de la prefectura de Shimane, en la costa oeste de Honshu, la mayor de las islas japonesas. Se trataba, pues, de una ciudad provinciana, apenas acostumbrada a recibir la visita de extranjeros, cosa que no podía desagradar a Hearn, quien también supo ver el atractivo de que su nuevo puesto de trabajo estuviera en

el corazón de la antigua Izumo, la Provincia de los Dioses, baluarte del sintoísmo.

Hearn llegó a Matsue a finales de 1890 para impartir clases en la Escuela de Magisterio y en la de Enseñanzas Medias. A pesar de su falta de experiencia, y del abismo cultural que le separaba de sus alumnos, Hearn demostró ser un excelente maestro, y no tardó en granjearse el afecto de sus alumnos y de algunos de los profesores. De hecho, terminó por sentirse realizado en su trabajo, aunque las ineludibles horas lectivas, que le impedían escribir, le causaban una honda irritación.

Lo más difícil de asimilar, sin embargo, fue el rigor del invierno en las costas del mar del Japón. El sistema japonés tradicional de calefacción, a base de braseros (*hibachi*), resultaba insuficiente para Hearn, quien, además, había alquilado una casa inapropiada para él y carecía de las dotes necesarias para administrarla de un modo adecuado y eficiente. El resultado de todo esto era que el nuevo maestro pasaba frío en todas partes. No es pues de extrañar que, al poco de llegar, contrajese una enfermedad respiratoria y se viera obligado a guardar cama durante varias semanas.

Nishida Sentaro, el decano de la Escuela Normal, acudió en su ayuda. Nishida, que era once años más joven que Hearn, desarrolló un gran aprecio por el extraño maestro extranjero, y solía frecuentar su casa después de las horas de clase. De este modo, reparó en la casi total inutilidad de Hearn en el ámbito doméstico y le propuso que se casara con una japonesa que cuidase de él y se hiciera cargo de su casa. A Hearn no le pareció mala idea y en enero de 1891, con la mediación de Nishida, se casó con Koizumi Setsu, una joven de veintidós años perteneciente a una familia samurai que en sus días de gloria había servido al *daimyó* de Matsue, pero que no había sabido adaptarse a la supresión del viejo sistema feudal en 1868 y vivía al borde de la miseria.